

Ayer por la mañana, cuando estábamos montando este salón al que habéis sido convocados, comentábamos entre bromas cuánto más valía ser poeta que no artista plástico (vean ustedes, si no, lo poquito que pesa este papel y díganme, sinceramente, si esto no es más llevadero que los cuadros y esculturas que nos rodean). Pero créanme: también pesan, (dicho sea lo de que pesan en el mejor sentido) las palabras cuando a uno le ofrecen dos buenos amigos, como son Adolfo y Cruz, darles a ustedes la bienvenida y agradecerles su presencia en su exposición, así como hacer de maestro de ceremonias de esta presentación, y todo ello con el peligro que conlleva darle la palabra a un escritor.

Y es que, verdaderamente, pesan muchos megas de responsabilidad las palabras cuando uno considera que el cometido que se le ha encomendado es, verdaderamente, un honor y, sobre todo, un placer.

Por eso, y porque me conozco, lo primero que he decidido, como ya están comprobando, es leerles estas palabras, así, sujetas a la extensión y los límites del papel, no fuera a ser que a viva voz acabase desparramándolas por esta sala a la que hemos sido congregados.

Lo segundo es advertirles de que mi amistad con Adolfo y con Cruz es relativamente reciente, así que no les hablaré de ellos ni de sus obras como quien ha compartido mucha vida, aún, con ellos.

Y para terminar este exordio añadiré que no contentos con haber elegido a un escritor para presentar esta muestra de sus creaciones, Adolfo y Cruz han querido además (oh, temerarios) que sea poeta o, al menos, como es mi caso, alguien que aspira a ello, quien les haga los honores en este banquete de luces, de formas y de epifanías. No esperen de mí, por tanto, el lenguaje al uso entre los críticos del arte o los estetas (y no es que no me tome en serio la belleza, sino muy al contrario). Pero es que, como si aun esto fuera poco, han querido incorporar a esta exposición mis versos, haciéndoles un lugar entre sus creaciones y otorgándoles así una dimensión que yo mismo les desconocía.

De manera que, en definitiva y simplemente, con mi agradecimiento a ellos por la oportunidad que me brindan y a ustedes por su presencia en este gozoso encuentro, me voy a arrogar, con el permiso de los autores, el derecho a ser el primer lector de sus obras para, a través de ellas, decirles lo que creo o pienso o siento de Cruz y de Adolfo.

Comenzando por Cruz, como es debido, les diré que ella, al igual que su obra, se encuentra, sin duda, bajo la influencia directa de la luna (y me dolería que pensasen que simplemente me agarro al tópico); porque, francamente (en breve podrán comprobarlo), sus obras son círculos mágicos, son vasijas ubérrimas como grandes pechos, son calderos de brujas, grandes fuentes que nos ofrecen los frutos del arte o de la vida, que en su caso no son cosas distintas. Para mí que en su interior guardan, o protegen, o custodian, el huevo original, el óvulo arcano que contiene todas las fuerzas del ser.

Cruz, por otra parte, sabe muy bien que la luna es a veces también una hoz o incluso el colmillo de un jabalí que se esconde en el bosque. Y es que, sin duda, quien hace nacer su obra entre sus manos, extrayéndola con amor y decisión del barro, como si fuera la partera de su misma madre; quien la saca del mismo infierno del horno, acabada, definitiva como un cristal, tiene que estar muy próxima a la alquimia. ¿Cómo, si no, ha sido capaz de hacer levantar el vuelo de las aves del mismo vientre de la arcilla?

Para cerrar este círculo o corro diré que Cruz es campo, es plaza, es el fuego encendido en el mismo centro de la casa, es congregación. Conoce, en fin, el secreto del caldero: que una misma puerta sirve de acceso a todos los mundos. Por decirlo en una palabra, nunca más elemental: Cruz es la tierra.

Hablemos ahora de Adolfo, y siguiendo con este terceto que nos convoca, y puesto que, como ya es evidente, yo soy la palabra, empezaré por afirmar tajantemente que Adolfo es luz. Es la claridad de esta tierra que a todos nos acoge, la misma que dibuja nuestros rostros cada mañana; pero es también la luz de la mirada, el fuego del intelecto, capaz de hallar en el transcurrir del tiempo, en lo más sencillo y fortuito, las fuentes mismas del ser. No creo equivocarme ni exagerar si afirmo también que, como intuyó el gran maestro (Velázquez, digo), sabe que lo sagrado, aquello para lo que aún no tenemos ni tendremos suficientes significantes, se encarna en lo más cotidiano, en lo próximo; que nacemos ante la luz y los ojos de un tú, de su mirada, de su bien de ojo; que nuestros paisajes más amados pueden encontrarse en las ropas revueltas de nuestro lecho o que el alma, que es también luz, puede encarnarse, como intuyó el poeta (Claudio Rodríguez, digo) en nuestra camisa tendida al sol de la mañana.

Adolfo, quizá por lo dicho, no siente la necesidad de explorar los caminos más extremos; sabe toparse con las fuentes del ser en las sendas del día a día, raro don que sólo alcanza a quienes han hecho de la

vída un arte encontrando su ritmo en el compàs de sus pasos y sus silencios. Su pintura, sí me permiten la sinestesia, es la música de estos campos lo mismo que es la música de su casa, de su fanum secreto, al que, de cuando en cuando, nos convoca abriéndonos las puertas de su vida.

Luz y tierra, Adolfo y Cruz, o viceversa, ambos son ante todo celebración, de la luz o de la huella; de la claridad que es música o es canción; o del surco, del rastro impreso en la tierra, en el barro que se hace danza entre las llamas.

Tierra y luz, Cruz y Adolfo, o viceversa, ambos son en suma una especie de humildes mediadores. Pues qué otra cosa, sí no, supone exponer tu verdad a los hombres y a las mujeres, y no para que asienten (que no es la razón la que aquí entra en juego), sino tan solo para que la contemplen, para que (ojalá así lo experimenten ustedes dentro de unos minutos) la vean nacer ante sus ojos como ellos la vieron nacer en la luz del nuevo día o alzándose en el fuego, como dicen que nació nuestra cordillera de la pira de Pyrene. Debe de ser así como la belleza nos hace libres. Todo un don, en definitiva.

Cruz y Adolfo, o viceversa, son, por fin, todo esto y mucho más seguramente, por lo que, como yo mismo hago desde que me precio de su amistad, les invito a que lo descubran tras estas palabras de presentación; a que lo descubramos y a que lo comuniquemos entre todos pues no hay conocimiento sin comunicación y el arte nace siempre en esa misma encrucijada.

Para ir acabando, y aunque no está bien que uno hablè de sí mismo (que eso es algo que viene a ser como contemplarse borracho ante un espejo), quiero apostillar un explicación sobre la palabra, esperando que no crean que estoy ahora practicando eso que llaman falsa modestia (¿han visto qué malas son las trampas que tiende la vanidad?).

En serio. Creo que es verdad que un texto, incluso aunque se pretenda poema, o por ello mismo precisamente, no está acabado hasta que no es leído; que el poeta es solo su primer lector inevitable, una suerte de espía que ha sembrado de escuchas el jardín donde animadamente conversan sus demasiadas voces. Por ello quizá, porque el poeta suele ser demasiado celoso de sus palabras, he querido editar los originales de los textos cuyos fragmentos, expuestos en esta sala, pretenden llenar los abismos de tiempo que median entre pinturas y esculturas; pero no para engalanarlos, sino, como es ley del editor, para disponerlos para esas nuevas lecturas en las que llegarán a ser en una voz distinta de la mía (les

confieso que esto de la escritura tiene algo de demoníaco). Pero quiero advertirles que los tres textos que les ofrecemos son también el fruto de una selección acordada para este acto y que por ello mismo ya han empezado a crecer en las voces amigas que les congregan; son ya palabras de Cruz y palabras de Adolfo, y son, como toda palabra, cuando renace de sus cenizas, sortilegio. Para que lo entiendan voy a leerles un poema, o mejor dicho, un conjuro, esto es, uno de los poemas del libro *Conjuros*, de ese magnífico poeta, casi diría filósofo, que fue Claudio Rodríguez:

LLUVIA DE VERANO

*Baja así, agua del cielo,
baja a vivir tu vida de la tierra
y a unirse al hombre, a su salud, al suelo
y al trabajo del campo. ¡Haber sentido
la pureza del mundo para ahora
contribuir a esta sazón, al ruido
de estos pies! ¿Por qué siempre llega la hora
del riego? Aunque sea en el verano
y aquí, llega tan fuerte
que no calma, no nubla al sol, da al llano
otra sequía más alta aún. Qué muerte
por demasiada, pasajera
nube que iba a salvar lo que ahora arrasa.
Calá, cálanos más. ¡Lo que era
polvo suba en el agua que se amasa
con la tierra, que es tierra ya y castigo
puro de lo alto! ¿Qué importa que impida
la trilla o queme el trigo
si nos hizo creer que era la vida.*

Claudio Rodríguez, Conjuros.

Debo acabar, pero no puedo hacerlo sin una seria advertencia: ya han comprobado que aquí nada es lo que parece, y si la pintura puede ser canción y la escultura es una danza extática, todo apunta a que, contando con el buen vino del patrocinador, esta exposición pueda acabar convirtiéndose en fiesta.

Que así sea.

Gracias a todos y a todas por estar aquí y ahora.

Carlos Bozalongo, 13 de julio de 2013